

LA CÓPULA DE LOS AMANTES

Mi respiración alimenta el deseo. La fuerza voluptuosa del movimiento de mi pecho es la cuna que el contacto de tu cuerpo, cada vez más próximo, mece en la noche ardiente del trópico. Te vas acercando como un perro de presa de movimientos lentos. Es entonces cuando de mi templo brotan gotas de sudor que chorrean por sus paredes de mármol blanco. Los cuerpos de los amantes se entrelazan, bañados por el agua bautismal de fragancias que despiertan los instintos. Se oprimen lentamente hasta llegar al éxtasis del abrazo asfixiante del oso. En la desesperación de alcanzar la plenitud mis ropas son quemadas por las yemas de tus dedos. En la hoguera de los santos herejes noto la imponente presencia de tu miembro. La presencia se convierte en una sombra creciente en su intento por cubrirme. Una fuerza irrumpe entre mis muslos cerrados y los abre como si fuesen una enorme concha en la que se busca una perla de blanco nácar. Una gran trompa de elefante comienza a regar con su esperma un enorme bulbo de raíces secas. El hombre hinca con la suavidad de su virtud y la fuerza de su lado oscuro en mi sexo su misterio. Nada mi voluptuosidad en un jadeo contenido. El éxtasis de la muerte, mecida por el movimiento del lecho, dura unos segundos, marcados por el reloj de pared de la habitación, que los amantes en su cópula hacen desaparecer. Tras la hiriente unión, dos muertos resucitan

a la vida del nuevo amanecer que anuncian las agujas del tiempo.